

I

El término “desarrollo”, para la reflexión filosófica está cargado de sentido; de tal modo que, primero, será menester esclarecer este sentido como el único camino útil para aventar el permanente equívoco con el que es mentado en el mundo actual. Todos sabemos que el sentido predominante que connota, hoy, el término “desarrollo”, es económico o económico-social. Sin embargo, si nos retrotraemos al sentido originario de este término desgastado por la equivocidad, es evidente que remite al verbo “desarrollar” como el despliegue de lo que está arrollado, insinuando la imagen de deshacer un rollo. Al mismo tiempo implica la idea de acrecentar, de dar incremento a una cosa tanto en el orden físico como intelectual o moral. Más profundamente, “desarrollar” es *desplegar la naturaleza de un ente*. Esta formulación demasiado general todavía, no puede ocultar el hecho que el ente, *tal* ente, existe por el *ser*. Dicho de otro modo, el ser mismo como acto de ser (*actus essendi*) se manifiesta en el *ente*; de donde se sigue que el ente no agota ni puede agotar el ser (*esse*) pues el ser-total manifestado en el ente se comporta como un *abismo* que ningún ente “encierra” en sí mismo. Por eso, hablar del despliegue o desarrollo de la naturaleza del ente, significa al mismo tiempo el acto de desplegar la naturaleza del ente *en el ser*. La idea de desarrollo, entonces, connota la de *inagotabilidad* y, en consecuencia, se insinúa la idea de que todo verdadero desarrollo es inagotable, nunca pleno en la temporalidad del ente.

Sin embargo, el despliegue de la naturaleza del ente en el ser, significa que el desarrollo pone dos instancias: Ante todo, que esta dinamicidad supone el ser y, luego, que se trata del despliegue de la naturaleza del ente que tiene *conciencia* del ser. Es decir, ya no se trata del ente sin interioridad como son los irracionales, sino el hombre como el único ente en quien el *ser* se hace consciente; dicho de otro modo, en cuanto el hombre es el ente (autoconsciente) que participa (conscientemente) del ser, es simultáneamente verdadero decir que son un mismo acto tener conciencia *de* ser y *del* ser. Por consiguiente, si la idea de desarrollo es el despliegue (temporal) de la naturaleza del ente

(*) Trabajo presentado en la III Semana Internacional de Filosofía, de la Sociedad Brasileña de Filósofos Católicos, celebrada en Bahía del 17 al 23 de julio de 1976.

en el ser, ahora sabemos que solamente en el hombre se cumple esta idea primera de desarrollo desde que se trata del despliegue de la naturaleza del ente *autoconsciente*; por tanto, la idea de desarrollo es solamente aplicable, en sentido propio, al hombre. Si la predicáramos de las cosas anteriores al hombre, veríamos que solamente es posible hacerlo *por referencia al hombre*. Por ahora insitamos en lo esencial: Si el desarrollo, en este plano metafísico, es el despliegue de lo que ya es el ente, en el ser en él manifestado, podemos decir de análogo modo que el desarrollo es el *despliegue consciente del ser en el ente*. Pero la idea misma de desenvolvimiento como despliegue y acrecentamiento, significa que el ser se manifiesta en el ente *temporalmente* porque el ser se muestra en el *presente* del ente, es decir, en el instante de la participación del ser en *tal* ente; por eso el desarrollo del ente implica no solamente el presente de la participación sino el pasado y el futuro como momentos que se “convierten” al presente; este presente es *mi* presente en el cual tengo conciencia de ser y del ser, es decir, de la participación misma del ser en el ente autoconsciente. Por tanto, el desarrollo es el *despliegue temporal del ser del ente*. Dicho en otros términos, es el despliegue del hombre completo, íntegro, ya que de él se trata cuando hablamos de *tal* ente en el cual el ser se hace consciente. Ya se ve que la idea misma de desarrollo en el orden metafísico, indica que el despliegue temporal de todas las virtualidades del ente autoconsciente, ha de ser *integral* o no será propiamente desarrollo. Un despliegue *parcial* de las virtualidades del hombre sería, por incompleto, una suerte de no-desarrollo, una de-formación y, muchas veces, cierta maligna des-integración del hombre. Por consiguiente, cuando se habla de desarrollo como despliegue consciente y temporal del ser del ente, se dice al mismo tiempo que se trata del *desarrollo integral*. Una suerte *de todo o nada*, de *sí sí, no no*: O el desarrollo es integral o no es propiamente desarrollo. Clarificada así esta idea fundamental, se podrá avanzar en el análisis de los posibles estratos en los cuales podremos reconocer el desarrollo. Por eso no he hablado simplemente de “filosofía y desarrollo”, sino de filosofía y *desarrollo integral*.

II

Esta fundamentación metafísica de la idea de desarrollo ha conducido, pues, a una doble conclusión: Por un lado, que es exclusiva del hombre y, por otro, que si es desarrollo debe ser integral. En tal caso se vuelve imprescindible considerar, aunque fuese brevemente, los constitutivos esenciales de la integralidad del hombre. Sólo así será posible ofrecer una respuesta coherente y eficaz a las actuales exigencias acerca del “desarrollo”. En efecto, si nos hacemos cargo del desarrollo como el despliegue temporal del ser en el hombre, es evidente —como ya dije— que tener conciencia del ser y de ser constituyen un sólo y único acto; de lo cual se deduce que el presente de la conciencia (*yo*) es, simultáneamente, presencia del *ser* a la conciencia. El ser, entonces, es el objeto primero y originario y no existe *yo* autoconsciente sin el ser, ni hay pre-

sencia del ser sin la conciencia. Este es el primer acto *constitutivo* del hombre en quien el ser se muestra. El espíritu, interno al ser, al ser pone como objeto (*obiectum*) y a sí mismo (autoconciencia); tal acto originario implica el descubrimiento del *espíritu* desde el momento que esta relación-ontológica-originaria no podría existir en un plenum de materia sin el hiato o "distancia" que el espíritu pone respecto del objeto. Luego, el descubrimiento del ser en la conciencia es, simultáneamente, descubrimiento del espíritu. Pero no es esto solamente, pues, por el mismo acto originario, el hombre se descubre como *cuerpo*. Es decir, inmediatamente no aparece el cuerpo como un "objeto" además de mí, sino que soy yo mismo quien *es* cuerpo. El hombre es, pues, espíritu y cuerpo, siempre que la conjunción "y" no connote una idea de yuxtaposición; por el contrario, el hombre es unidad sustancial espíritu-cuerpo y hasta me atrevería a decir que es un espíritu incorporado o, si se quiere, un cuerpo "espiritado". Si *es*, constitutivamente, cuerpo organizado y vivificado por el espíritu, la idea de desarrollo supone el despliegue de esta realidad primera físico-sensible; luego, el desarrollo integral es desarrollo del cuerpo; pero mi cuerpo y los cuerpos de todos los hombres conllevan un complejo de necesidades y potencialidades físico-sensibles a las que responden determinados bienes físicos y temporales. Este es, pues, el primer momento del desarrollo (físico-sensible), al cual responden los bienes físicos desde la salud, por ejemplo, hasta el alimento o los artefactos útiles para la vida física del hombre. En este estrato se coloca el objeto propio de la economía (bien común físico) que no solamente no agota la realidad del hombre sino que apenas responde a la naturaleza físico-sensible (cuerpo), pero es también simultáneamente verdadero que, en esta dimensión humano-corporal, existe el espíritu como presencia ineludible; por eso, cualquier absolutización del desarrollo físico y económico del hombre significa la amputación y desintegración del desarrollo como tal.

Precisamente en cuanto la corporalidad implica la copresencia del espíritu, no es posible pensar siquiera el desarrollo como despliegue del ser del hombre sin asumir en él las estructuras psíquicas que le constituyen; pero, más profundamente, resulta claro que el descubrimiento del yo-encarnado pone al sujeto autoconsciente (en quien aparece el ser) como *distinto* de lo otro de sí; lo otro son los entes sin interioridad ni libertad (naturaleza) y lo otro como el otro sujeto (otro yo) en quien también se hace presente conscientemente el ser. Esta distinción fundamental equivale al descubrimiento del *prójimo*, el otro sujeto, el *tú*. En tal caso, la presencia del prójimo no significa un mero descubrimiento de que existen "otros" además de mí, sino una presencia *constitutiva* del propio yo. No hay, pues, *yo* sin *tú*, no hay hombre sin su prójimo (*sociabilidad originaria*). De ahí que la idea de desarrollo como despliegue del ser en el ente autoconsciente, implica el despliegue de esta sociabilidad originaria. Ni individualismo puro (que ignora la sociabilidad natural) ni sociabilidad pura (que destruye la persona singular). Empero, el ser o *esse* participado en el ente, conscientemente se muestra (y los constituye) tanto en el *yo* como

en el *tú*; es decir, tanto el primero como el segundo, a la vez no *son* sin el otro, sólo *participan* del ser; si participan del ser y no son el ser, son *causados*. Como ha enseñado Santo Tomás: “si algo se encuentra por participación en un ser, por necesidad ha de ser *causado* en él por aquel a quien conviene esencialmente” (S. Th., I, 44, 1). En tal caso, el acto de ser del ente podría no haber sido y puede, actualmente, no ser (contingencia radical); por eso, en cuanto no se da a sí mismo el acto de ser, depende, en su mismo existir actual, del *ipsum Esse subsistens* que porque es su propio acto de ser, es la causa última de la participación del ser en el ente. El ente en quien el *esse* se participa es, constitutivamente, *dependiente*, causado; existe *ligado* a Él no como una mera “idea trascendental” (alienante, diría el marxismo) sino *re-ligado* como a su última *misimidad*. Lo cual equivale a poner al descubierto la *religión originaria* del hombre. El hombre consiste en ser-religado o religioso y, por eso, el ateísmo no solamente es la suprema negación de sí, sino sólo posible en el orden práctico, por imposible en el orden metafísico. Sólo si Dios existe como el *Esse* al cual el hombre está re-ligado, es posible el ateísmo. Simultáneamente, el hombre, no es sólo el “lugar” de emergencia del ser constitutivamente abierto al prójimo y, en cuanto contingente, ontológicamente re-ligado, sino que este mismo *ser* (siempre inagotable) es “querido” como tal; es decir, no puedo no “querer” ser y esta opción primera —simultáneamente con el aparecer del ser a la conciencia— es volición o decisión por el *ser* en su formalidad de *bien*. De ahí que esta primera decisión sea *libertad originaria* de la cual dependen las opciones en el tiempo como *libertad derivada*. No puede el hombre, por eso, no amar el bien y, en él, implícitamente el bien absoluto que es el mismo *Esse* participante del acto de existir del ente. De ahí que la constitutiva orientación de la libertad originaria hacia el *Esse* absoluto constituye el más originario *orden moral* idéntico con el mismo orden del *ser*. Este orden del ser es espontáneamente conocido por la conciencia del hombre precisamente porque se trata de la participación *consciente* del ser; y este orden así conocido constituye lo que de antiguo se denomina la *ley moral natural* que no es heterónoma (como sostenía Kant) ni meramente subjetiva, sino interior y a la vez objetiva. De ahí que el desarrollo del hombre como despliegue temporal del ser del ente, no es solamente físico sensible, económico, social, metafísico, religioso, sino también constitutivamente *moral*. No existe hombre desarrollado si no implica su desarrollo moral. De este modo, la idea de desarrollo que vengo exponiendo implica, como ya dije, *todas* las dimensiones del hombre desde su corporalidad hasta su re-ligación con Dios. Como puede verse, cada estrato de desarrollo *implica* al anterior: El religioso al moral, el moral al psíquico, el psíquico al corporal y todos el desarrollo social bien entendido. Esta progresión no es geométrica puesto que el hombre es una *unidad inescindible* y prueba de ello es que, dado un desarrollo mínimo suficiente de orden físico-sensible, o del orden económico, por ejemplo, puede existir un excelso desarrollo religioso o moral; en cambio, si miramos esta progresión no desde “arriba” sino desde

“abajó”, es evidente que un gran desarrollo físico-sensible *no* implica necesariamente un desarrollo de las demás dimensiones del hombre, como puede comprobarse en diversos aspectos de la civilización contemporánea. Puede darse un “sub-desarrollo” (como se dice hoy con imprecisión) económico e industrial simultáneamente con un gran desarrollo espiritual (como hay egregios ejemplos en la historia) y, a la inversa, un gran desarrollo físico sin un verdadero desarrollo espiritual. Sea como fuere, es menester tener presente que si el desarrollo integral es el despliegue *temporal* del ser del ente, es inagotable la presencia del *ser* y, *por eso*, en los momentos del tiempo de la existencia (en todo el tiempo de la vida) el desarrollo del hombre —aunque tienda siempre a la integralidad— no será logrado absolutamente sino relativamente. Un desarrollo absoluto sería un desarrollo no ya ligado al tiempo (donde el *esse* se participa en el ente): sería un desarrollo “suelto” ya del tiempo, allende el tiempo. Y téngase en cuenta que, hasta este momento, sólo he hablado del *desarrollo integral relativo* y no de un desarrollo integral *absoluto*, solamente loggable en el *Ipsum Esse subsistens*, en quien ya no sería propiamente “desarrollo” sino plenitud del *esse* finito en el Instante del *Esse infinito*. Lo esencial es que el desarrollo temporal (del cual hablamos) no se clausure en sí mismo (inmanentismo) porque, en tal caso, al negar una dimensión constitutiva del hombre (la religación) negaría al hombre y, con él, al desarrollo mismo.

III

Llegados a este punto, es claro que un desarrollo integral relativo temporal, pide desde sí mismo un cumplimiento absoluto allende el tiempo; por eso, el desarrollo integral del hombre es *disponibilidad* para la recepción de la Palabra de Dios si Él decide hablar al hombre. Este es también el *límite* de la filosofía. Pero el hombre cristiano, sin embargo, atraviesa el límite y sabe por la Fe que “todo fue creado por Él (el Verbo) y para Él. El es antes que todo, y todo subsiste en Él” (Col. 1, 16-17). El Verbo asumió la *totalidad* de la naturaleza humana cuando se *anonadó* (Fil. 2, 7) por ella y realmente *creó* una realidad nueva; es decir, ya no sólo donó el acto de ser a lo que es (creación de la nada) sino que, al asumir la naturaleza humana y, en ella, todo lo que existe, *per-donó*, volvió a donar o re-creó al hombre y al todo en un acto de tanta importancia como la *creatio ex-nihilo*. Por eso San Pablo habla de la nueva creatura (Gal. 6, 15) porque, realmente, se trata de un orden (sobrenatural) verdaderamente nuevo en la medida de la implantación del hombre en Cristo: “de suerte que el que es de Cristo se ha hecho *creatura nueva*” (II Cor., 5, 17). Bautizados en el Espíritu constituimos un solo *cuerpo* (I Cor. 12, 12) y, en él, debemos *crecer* en la caridad “llegándonos a Aquel que es nuestra cabeza, Cristo” (Ef. 4, 15). Luego, el hombre *nuevo*, es decir, el hombre cristiano, puede y debe hablar de “desarrollo” como despliegue de lo que el hombre es en cuanto implantado en Cristo; es decir, para él, no habrá “desarrollo” que no esté orientado hacia el Modelo y en la medida en la cual se iden-

tifique con Él, su desarrollo sobrenatural será más completo. En el *tiempo* (asumido por Cristo en su Encarnación) todas las estructuras del hombre son como transfiguradas en la nueva creación (el hombre nuevo). De ahí que, en el tiempo, el hombre pueda alcanzar un desarrollo integral —siempre relativo— en la medida en la cual logre ser (por el crecimiento de la Gracia) el *alter Christus* más perfecto posible. De ahí que el *santo* sea, para la economía cristiana del mundo, el hombre plenamente desarrollado en este tiempo de la finitud; y el *beato* constituye el desarrollo absoluto del hombre que ya no es, paradójicamente, desarrollo, precisamente por estar “suelto” del tiempo, desligado de él en el eterno matrimonio espiritual. Bergson había intuido con certeza que el santo católico era el hombre más *equilibrado*. Pero no debe olvidarse que en el santo se asumen todas las instancias *naturales* del hombre —transfiguradas en la nueva creación— y que, por eso, sólo en la economía cristiana del mundo, alcanza el hombre su pleno desarrollo incluso *en cuanto naturaleza*. El desarrollo, pues, en cuanto es corpóreo (físico-sensible), psíquico, moral, metafísico, religioso, es transfigurado en el desarrollo sobrenatural del hombre hasta la plena semejanza con el Modelo divino.

IV

Vistas así las cosas, el desarrollo debe ser trascendente y no inmanente. El desarrollo es orientado hacia la Trascendencia o no es desarrollo. ¿Quién puede dudar que, en el plano físico-sensible y económico es urgente y necesario un desarrollo de los hombres y de los pueblos sumidos en la miseria? Pero, de acuerdo con la presente idea de desarrollo y mucho más del desarrollo cristiano, un desarrollo *exclusivamente* físico-sensible, tecnológico, económico, aunque logre un grado verdaderamente teratológico, por eso mismo *no es* verdadero desarrollo si esteriliza el desenvolvimiento de la estructura metafísica, espiritual, moral y religiosa del hombre. Por el contrario, es destructiva del hombre en cuanto hombre. A partir de la progresiva *secularización* del pensamiento y del hombre (inmanentismo) el desarrollo ha acentuado su *ambivalencia* (que ya señaló Pablo VI en la *Populorum progressio*, 19) y un movimiento de autodestrucción. A partir de la identificación de ser y pensamiento por el inmanentismo absoluto, todo es inmanente a todo, “sustancia infinita” (Hegel) que se autopone y se *autodesarrolla*; por eso el *mundo* se vuelve absoluto, no como desligado del tiempo, sino como única y exclusiva realidad. Un “fuera” del mundo equivaldría a un fuera del ser, es decir, *nada* y, por eso, la idea de desarrollo inmanente absolutiza —aquí y ahora— los valores “mundanos” y, precisamente por ese motivo, los pierde. En efecto, si volvemos la atención a la génesis de la idea inmanentista de desarrollo, sin dificultad encontraremos en el nominalismo de fines del siglo XIV un hilo conductor que le unirá más tarde al Iluminismo en la afirmación de la *autonomía del mundo*; semejante autonomía implica la absolutización de valores exclusivamente mundanos, como el dinero por ejemplo (que de bien útil pasa a ser un fin) y a la instauración de

un *poder* puramente terreno. El *liberalismo* ha representado bien esta situación y sus resultados están a la vista en la destrucción progresiva de la comunidad humana y su degradación en una suma de individualidades hostiles. Pero la misma lógica interna del inmanentismo ha conducido a un mundanismo todavía mayor y más despótico desde que era más lógico la reducción de toda realidad a la inmanencia total; aceptada esta instancia, la consecuencia era necesaria: Si todo es inmanente a todo, entonces los seres materiales son pensamiento pensado; en cuanto tales, es posible la ecuación inversa pues resulta más coherente sostener que el pensar que los piensa es también materia, un "producto" de la materia (Feuerbach-Engels-Marx); en tal caso, el hombre es, apenas, un "ser genérico" (Marx) cuyo pensar (momento teórico) debe convertirse, por la mediación del trabajo, en la *praxis* transformadora de la realidad (subversión revolucionaria). Esta realidad, la infraestructura económica de la sociedad, que es *la* realidad sin más, sólo permite pensar en un "desarrollo" del hombre como "ser genérico" y, como tal, una abstracción: Absolutización plena del "desarrollo" físico-sensible que es, por eso mismo, su *autodestrucción* y la negación más radical del hombre en toda la historia de la humanidad. El marxismo es el más feroz enemigo del hombre y del desarrollo. El crecimiento gigantesco de la industria y del poder terreno, lejos de constituir el despliegue integral de la naturaleza del hombre, es algo así como el anti-desarrollo y la definitiva clausura de las posibilidades del hombre de carne y huesos.

Así pues, contemplamos en el mundo actual dos concepciones del desarrollo (liberal o marxista) que han partido de un origen común: La progresiva inmanentización del pensamiento hasta la plena autonomía del mundo; de ahí que el choque entre ambos conceptos de desarrollo sea, por un lado, *inevitable*, ya que ambos se disputan el mundo, puesto que no hay más realidad que el mundo mismo y, por otro, *autodestructivo*. Si San Agustín viviera, creo que no dudaría en sostener que si el definitivo afincamiento terreno caracteriza esencialmente a la "ciudad del mundo", como solamente el amor es unitivo la ciudad del mundo anda desunida entre sí (*De Civ. Dei*, 15, 4) y sus miembros se combaten porque solamente los mueve el deseo del poder terreno en un mundo secularizado y autofundado. Por eso, el choque entre ambas ideas de pseudo-desarrollo no es más que el choque de dos miembros de la ciudad del mundo, de dos parientes desavenidos (y nada hay más cruel que la lucha entre parientes). En cambio, la idea cristiana de desarrollo integral implica también la conciencia del peregrinaje terreno del hombre no-afincado definitivamente en el mundo; de ahí que el desarrollo, para él, no pueda ser sino relativo en el tiempo, desasido de todo y, a la vez, abierto al Único que puede colmar la naturaleza del hombre. Precisamente por eso, el hombre cristiano no olvida que *todos y cada uno* de los constitutivos del hombre pueden lograr relativa plenitud en el tiempo y absoluta realidad allende el tiempo. Por eso, para él puede el hombre ser a la vez *señor* del mundo y *libre* del mundo.

V

La idea inmanentista de desarrollo —que implica la secularización total del mundo y de la vida— es, pues, la causa principal de la tragedia de la civilización actual y, quizá, de su probable aniquilación. El primer resultado del inmanentismo ha sido propugnar un desarrollo no-integral y, por eso, auto-destructivo. De la meditación de esta circunstancia trágica, puede considerarse seriamente la misión que América latina puede cumplir en el mundo actual. América fue descubierta por la conciencia cristiana y descubrir significa escindir su originariedad primitiva por la mediación del espíritu; este acto de descubrimiento supone la originariedad de las preculturas americanas cuya riqueza (aun en estado mágico) incorporó al acto descubridor. De ahí que esta escisión de lo originario es la condición de la originalidad cultural de América latina. Aunque este tema puede ser objeto de una larga y necesaria meditación, baste por ahora comprender que ningún pueblo de la tierra, fuera de la Europa geográfica mediterránea, puede superarle como heredero directo del espíritu greco-latino-cristiano. De ahí que el tipo de desarrollo que deben procurar las naciones herederas de España y Portugal sea el desarrollo integral cristiano que, por ser *integral*, lo es de todas las dimensiones del hombre y, por ser *cristiano*, considera al hombre en el estado de la “nueva creación”. De ese modo, precisamente hoy, cuando la Europa mediterránea y clásica (la antigua Cristiandad) ha entrado en el torbellino de su propia negación y agotamiento, la Europa del espíritu encuentra en Latinoamérica la *última reserva del verdadero espíritu de Occidente*. Pese a su inmadurez y quizá por eso mismo, pese a su llamado “sub-desarrollo” físico-económico y quizá por eso mismo, puede poner en movimiento la idea del verdadero desarrollo que será integral y cristiano, o no será nada. América, la heredera de Grecia y de Roma, de España y Portugal, aun no ha sido asumida del todo por la idea inmanentista de “desarrollo” que destruye las otras dimensiones del hombre y concluye por constituir *el más trágico y feroz subdesarrollo des-integrativo del hombre*: Por eso, porque América latina aun está relativamente des-asida del mundo por su larga tradición católica, puede asumir el desarrollo sin absolutizar ninguna de sus dimensiones elevándolas a todas en conjunto a la relativa plenitud que puede lograrse en el tiempo de la existencia. De este modo, nosotros, hijos de Grecia y de Roma en el plano natural, y de la Iglesia Católica en el plano de la “nueva creación”, somos los únicos hombres que, como comunidades nacionales y ante el desastre, la autodisolución y el choque destructivo de dos ideas de “desarrollo” aparentemente contrapuestas, podemos abrir el futuro de una cristiandad fundada en la idea del desarrollo integral cristiano.

ALBERTO CATURELLI
Universidad de Córdoba